

Eloy Urroz

Las plegarias del cuerpo

(Segundo día)

Entonces Judá dijo a Onán: "Cásate con la mujer de tu hermano y cumple como cuñado con ella, procurando descendencia a tu hermano". Onán sabía que aquella descendencia no sería suya, y así, si bien tuvo relaciones con su cuñada, derramaba a tierra, evitando el dar descendencia a su hermano.

Génesis 38, 8 y 9.

El cuerpo hace caridad al alma. Es su labor cuando ha fallado y deja de ser sustancia. Entonces busca sólo repetirse y prolongarse. El hombre vive así de caridad, la obtiene de su propio cuerpo y del consuelo que le obsequia el otro.

Mientras la carne se desgasta busca instaurar, repitiéndose, ese estado perdido en que el espíritu aún descansa sobre las aguas, y flota, liminar. Esa disposición del cuerpo la perdí a los catorce. Si descansé tranquilo sobre los hombros de Epifania o de alguien más, apenas la noche anterior había extrañado la sustancia, la había hundido en las aguas. Si antes convivían alma y cuerpo, si al cabo fui los dos, había violentado ayer una sustancia idéntica, ansioso por escindirla. En adelante habrían de ser dos distintos, alma y cuerpo recuperándose, congraciándose uno con otro. Era la historia de todos, lo adiviné esa mañana: nuestra propia historia de amor. Pero ¿cómo podrían ser así las historias de amor que el mundo y los hombres contaban? ¿Cómo podían ser así, deplorables, sin razón? En resumidas cuentas, las historias de amor eran la misma historia absurda, abyecta, que Alguien tramó y que se repite inmemorial, detestable: perderse y recobrase, hundirse y flotar. Tan verdadero que se hace insoportable.

Pensaba en esto recostado en la cama, tieso, con los párpados obstinadamente cerrados a pesar de la claridad que se filtraba por cualquier parte. Oía el ventilador susurrar en el techo. Distinguía pasos afuera en el corredor, las voces de mis tíos, mis padres, mi hermana, mis primos, todos ellos en el bullicio y la preparación del desayuno ese verano. De repente un grito desajustado me hirió en la obstinación del cansancio: mi abuela me llamaba. No hice caso. Continuaba bajo las sábanas sin atender el ruido y el contacto ajeno que era el mundo para mí. Soñar, seguir soñando la mañana entera sin detenerme ni

vacilar en mi cansancio. Rehuir la claridad y los contornos difíciles de fuera, adustos. Seguir encogido hasta la noche y el nuevo amanecer, pedía sólo eso; aguardar empecinado el silencio, la voz de mi abuela callada, eternamente callada. Pero no hizo caso, porfiada como estaba en despertar mi cuerpo, oí el chirrido de la puerta y entró. Movié a Mauricio, me di cuenta. Tenía que abrigarme contumaz en el sueño, mantener esa preciosa parálisis del cuerpo y el severo rictus bajo las sábanas. No me atreví a pestañear. Imploraba al mundo continuar durmiendo. Mi abuela quería desligarme del tiempo, de otro muy anterior, quizá al de Epifania yaciente, dormida a mi lado cuando yo tenía once años. Rumié aparentando inocencia. No era cierto. No había inocencia y estaba por completo alerta.

—Basta abuelita —le dije conteniendo la voz sin ser grosero.

—El desayuno está listo —dijo con voz satisfecha—. No vamos a esperarlos toda la mañana. Es muy tarde y deben aprovechar el día.

—No tenemos hambre, señora —era la voz de Mauricio a través de las sábanas, una voz embadurnada de sueño.

—Ya sabes que tu madre y tu tía se molestan, Federico —repitió la voz desencajada de mi abuela.

—Ahora vamos —contesté ásperamente.

Mi cuerpo respondía cada vez que posaba ella la mano sobre las sábanas como obligándome, un tacto que me impulsaba a levantarme y no toleraba. Esa mañana era otro, no lo sabía ella y no tenía por qué averiguarlo. Un otro escindido.

—Está bien, ya me voy —dijo mi abuela alejándose—. Pero no se tarden.

—Si señora... —la respuesta de Mauricio buscaba limar asperezas, cortesía impuesta que me movió a risa. Su voz traspasó las sábanas que lo envolvían como en un último quejido. Otro más y no podría continuar como estaba, concentrado y perseverando en su sueño. Lo comprendí perfectamente, no lo pude aguantar y solté la carcajada.

—¿De qué te ríes, imbécil? —me dijo.

—De mi abuela —contesté.

—¿Sí? ¿Por qué de tu abuela?

—Bueno, de mi abuela y de ti.

—¿Qué de mí?

—Nada, tu sueño. El mío ha sido fingido. Hace una hora que no puedo dormir. Sólo pienso.

—¿En qué piensas?

—Nada particular. Lo de anoche.

—Así que madrugaste pensando en lo que pasó. No dijiste nada en el camino de vuelta, Fede.

—Me quedé dormido.

—Sí, ya sé. ¿Pero cómo estuvo, valió la pena?

—Sí —no podía decir otra cosa, la respuesta era obligada.

Lo más grave era no saber si había valido la pena o no. Era obligación decir que sí pero también decirlo podía no ser cierto. Me empeciné unos segundos y quise acordarme. La mente en blanco, la memoria de las sensaciones como un hueco. Debía pasar el tiempo y aun así serían poco identificables. Escribirlas tal vez un día como forma de recuperación. Aún no sé, no me atrevo a darle una respuesta a esa pregunta de Mauricio. Le digo que sí porque es evidente. Debo descubrir rescoldos, indagar en lo íntimo y mi respuesta es ahora ambigua: un puñado de páginas escritas que sólo atisban, desdibujan mal y ante mí comparecen.

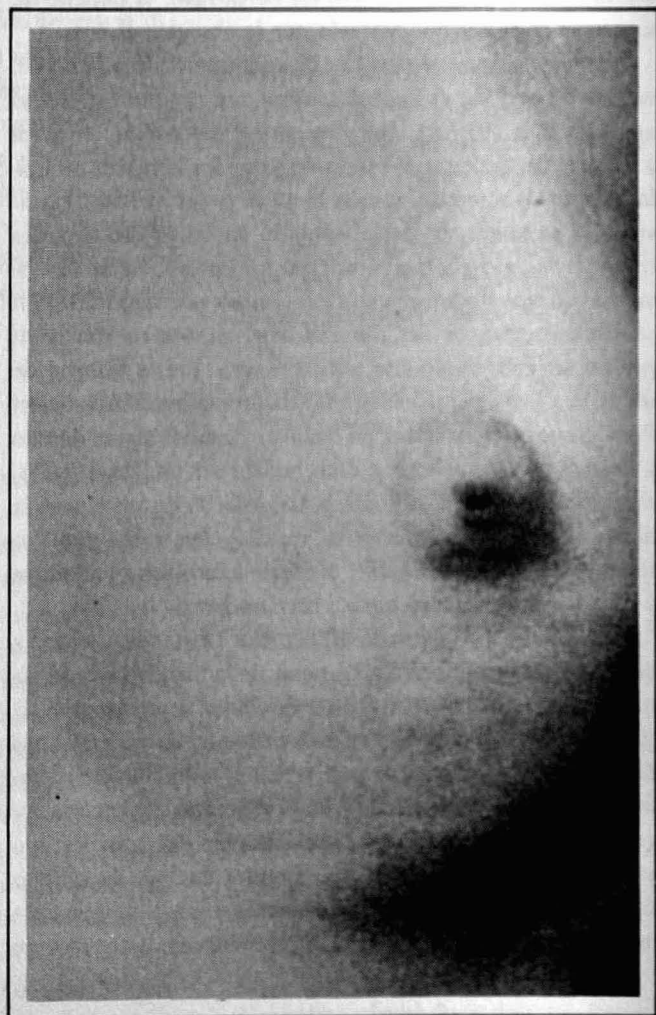
La casa que alquilaban mi padre y mi tío David era una antigua oficina de dos pisos. Por todas partes se notaban fragmentos desconchados de pared. A pesar del color deslavado por la lluvia, conservaba un aspecto añejo y marítimo, una de esas casas grandes que cualquiera imagina leyendo un pasaje sobre La Habana. Hay veces que la imaginación puede superponerse a la realidad, la recubrimos y la engañamos al haber leído o visto algo semejante, un parentesco mínimo que logra hacer de pronto que mistifiquemos lo vivido. Me sucede así con la enorme casa de dos pisos en La Paz, no logro separarla de una lectura que hice unos años después: *El verano feliz de la señora Forbes*. En el cuento, dos niños matan a su tutora en una casa veraniega. No recuerdo más. No he querido revisar siquiera el relato. Tengo miedo, no quiero desnudar la memoria de mi casa y de aquella otra superpuesta. No me importa saber ningún detalle y no quisiera descubrir mi error. La realidad vivida es fábula, la imaginación se interpuso alguna vez y no puedo separarme de ella. Para mí la casa junto al muelle es la misma —añeja, marítima— que en algún pasaje describió su autor (si es que lo hizo) hasta el embeleso.

Puede existir a la entrada de la casa una franja de tierra para aparcar los automóviles que miro invadidos de polvo. Quizá una terraza amplia con varias sillas desvencijadas y una mesita al frente que nadie usa. Desde allí se contempla el mar. A la izquierda se observa el muelle contiguo a un astillero siempre sin gente. Nunca hay trabajo, se les ve en el muelle bebiendo cerveza; son las personas que cuidan durante el año las embarcaciones, los capitanes o pescadores, nunca los hombres del astillero. Surtos hay varios yates norteamericanos y algunos veleros muy nuevos que miro navegar las pocas navidades que pasamos en La Paz. A la derecha hay un grupo de piedras hacinadas, son la punta final de un almacén o una fábrica que no se construyó nunca. A mitad del mar se ve un conjunto de troncos sujetos en desnivel, una suerte de trampolines surgiendo a lo alto. Están atenazados con sogas blancas que los marineros usan y que no se deshilachan con la sal. En la punta de esos grupos de troncos sin uniformar, unos más altos que otros, se miran copos de nieve, que no son sino excrementos de gaviotas que todo el año vienen a posarse o gua-

recerse allí. Tal vez para eso están hechos y yo no lo sé. También dan relieve, sin saberlo, a este mar. Una vez encima, haciendo clavados con los amigos y los primos, muchos años atrás, descubrí que no había olor y que las heces que blanqueaban las puntas sobre el agua eran tersas casi como nieve. Añoré mucho tiempo volver a poner las palmas de las manos allí. No recuerdo por qué no lo hice. No he vuelto.

La casa está un poco apartada del centro de la ciudad de La Paz. Se llega por una larga calle deshabitada y sin tránsito que nace del malecón. No hay luz eléctrica de faroles por ese camino y el asfalto está lleno de baches y agujeros que no permiten circular. Sólo se ven algunos camiones de carga pasar entre semana de la fábrica o al astillero. Mis tíos y sus dos hijos ocupan el segundo piso, dos recámaras amplias comunicadas a través del baño. Hay un largo pasillo exterior que da vista al mar y, a la orilla, una terraza. Luego una escalera que conduce al patio interior o al rellano justo al lado de una puerta protegida por un mosquitero. Es la entrada posterior a nuestro piso. Allí la cocina, la sala de estar con un televisor muy viejo que miramos por las noches, un corredor donde convergen varias recámaras, dos de ellas con baño.

No sé exactamente cómo nos arreglamos y dispusimos de suficiente espacio esos largos veranos junto al mar. Era costumbre ir a La Paz con mi padre y la familia de mi tío David. Entre ambos habían comprado un yate algo viejo pero que podía muy bien llevarnos por tres o cuatro días a excursionar por



playas vírgenes. Allí la arena se mantenía intacta, llena de un resplandor que hería por su ausencia humana. No distinguíamos entre una playa y una isla, no importaban los contornos y la geografía. Llegar a esos rincones en auto era tarea imposible y pocas embarcaciones fondeaban allí, quizá iban más lejos.

Nosotros le creímos al Veracruz cuando decía que era una isla ausente, nueva, sin descubrir. Azorados y sin esperar siquiera a que mi tío o mi padre anclaran, saltábamos y competíamos a nado hasta tocar la orilla. Entonces nos atrevíamos a explorar la isla desierta. Con su pelo ensortijado, oímos al Veracruz darle un nombre, cavilábamos en su ocurrencia y sus buenos inventos, pero el nombre estaba allí, puesto desde antes en esa carta marítima preventora de bajos o escollos. Nos asombraban esas largas dunas de arena donde pasábamos el día revolcándonos, la transparencia del mar por el que caminabas largos tramos sin mojar apenas las rodillas, de repente una anguila obstruyendo el paso y obligándonos por un instante a permanecer quietos, el salto fugaz y perfecto de una mantarraya a la que no distinguimos sumergida, alguna aguamala de un azul turquesa que se confundía en el agua, el cielo puro, sin nubes, y el sol encandilado en los hombros.

Por la noche, si el Veracruz veía bien y aceptaba, nos quedábamos mis primos y algunos amigos, mi hermana y yo a acampar. Nos preparábamos para dormir a la intemperie. El Veracruz nos hacía una enorme fogata y yo sabía que mi madre observaba las llamas desde el yate, quizá le advertía a mi papá de algún peligro o le decía algo a su hermana Frida. Era una lástima ver cómo caía la noche y se esfumaba el mar, a las ocho no se podía ver nada. A un palmo de la mano no revelábamos las caras de los otros y el Veracruz entonces encendía los leños que habíamos juntado por la tarde. Los hacinaba y los prendía. La hoguera duraba tantas horas que nosotros no la oíamos chisporrotear y apagarse.

Acucillados o sentados sobre la arena lisa, contábamos historias; el Veracruz las decía inmejorablemente y podíamos sumergirnos en ellas oyendo el quejido del mar y las olas buscando acercarse. El mundo se demoraba mientras, reunidos por horas, adivinábamos el contorno del yate dormido. Yo atisbaba los rostros entre las llamas con la misma sensación del que se expone y tiene cerca el caos o lo informe. Aspiraba el aire dimanado en lo oscuro y sobrevenía la angustiosa intuición que es la carencia de lo humano.

Sin darme cuenta de que se había levantado, sentí el peso de Mauricio cayéndome encima; su cuerpo demoliendo la quietud de la noche.

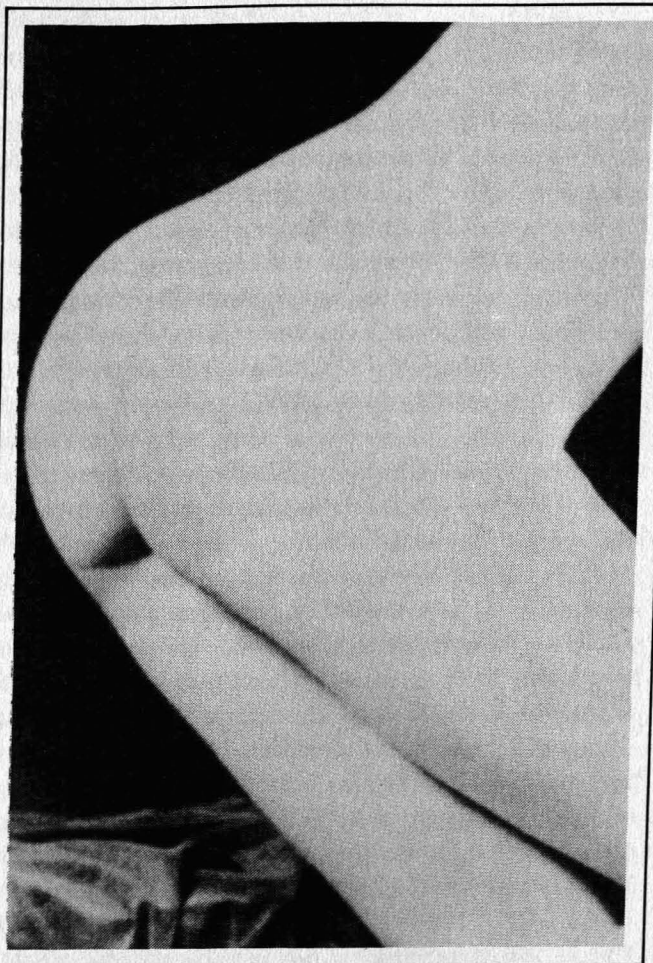
—Basta, despiértate —me dijo descubriendo las sábanas—. Vamos a desayunar antes que vengan otra vez y se enojen —Y mirando el reloj que hay sobre el respaldo, gritó a mi oído:— Cabrón, ya pasan de las once.

Observo su cara pero no lo atiendo.

—No tengo hambre, no chingues —le contesto.

—No importa, yo sí tengo hambre. Levántate antes que tu abuela venga otra vez.

Bostezo y me estiro después de que Mauricio se quita. Me duele horriblemente la nuca, no sé si es el golpe o la mala posición en el sueño. Nos ponemos unos shorts y unas camisas delgadas y salimos del cuarto. Se oyen los gritos y el alboroto



que hacen los primos en la cocina. Miro a mi madre que prepara algo junto a la estufa.

—Otra vez desvelados —dice.

—No tanto, mamá —respondo.

—No tanto, señora —repite Mauricio como un eco.

—¿A qué horas llegaron? —pregunta la voz inoportuna de mi hermana.

—Temprano —contesto y luego me arrepiento de responderle a ella que no merece por su edad ningún trato.

—Temprano, temprano —oigo la voz de mi padre molesto.

No digo nada. Prefiero no contestar. Mi tío David mastica. Los demás empiezan a discutir los planes del día que quieren pasar en el centro. Mi padre vuelve al periódico. Oigo la voz de mi tía Frida que nos dice:

—Siéntense a comer. Hay huevos a la mexicana, quesadillas, frijolitos, fruta, ¿qué quieren?

—Yo nada, gracias —contesto sentándome a un lado de Emilio, su hijo.

—Gracias, yo ahora me sirvo —dice Mauricio.

Sabemos que a ambos nos gusta Frida; también le gusta a Jaime, a Hugo y a Héctor mi primo. No tiene más de treinta y cinco y se conserva muy bien: cada verano es el mismo para ella y para los que miramos cómo se pone, escrupulosa, el bronceador. Lo unta como si supiera muy bien que la observan. Quizá lo sepa. Mis primos, los dos menores que yo, y mi hermana, no pueden imaginar nuestros ojos lascivos y nuestros comentarios. El verano pasado comencé a oír las ocurrencias de mi primo Héctor, antes yo sólo buscaba a Frida de ma-

nera afectuosa, tierna, como a la hermana de mi madre, muy parecida a ella pero mucho más joven, más atractiva, mejor conservada. No había reparado en lo que me seducía su presencia hasta que, tembloroso, me quedé solo con ella.

Eran los últimos días del verano pasado. A las cinco o seis de la tarde una lasitud placentera caía sobre los cuerpos y los amodorraba. Había una humedad proveniente del mar y del muelle cuando llegué y no oí a nadie en la casa. Me asomé a las recámaras del primer piso, subí al otro y sólo encontré a mi tía recostada en la cama, un ventilador apuntaba. Vestía un camisón corto y se hacía algo en las uñas de los pies. Mi actitud era la misma, natural, serena: ella era para mí el reverso de mi madre, su semejante, y yo apenas reparaba en su cuerpo, lo distinto que éste me hacía frente a ella. Me pidió que la ayudara; me senté en el borde de su cama y comencé a frotar sus uñas con una lima. Ella se estiró, recargó sus brazos en la almohada en señal de cansancio. Por momentos me miraba, presentí o imaginé que me miraba. Creí que su deleite era observarme y mi sexo de pronto se abultó. No supe si ya lo habría notado. Me puse nervioso frente a esa mujer que continuaba siendo mi tía. Seguí mi tarea sin perturbarme, por momentos veía sus piernas desnudas, las pantorrillas torneadas, el camisón flojo. El calor de la tarde empezó a sofocar y oprimir la recámara. A pesar del ventilador sentí dilatarse los poros de mi piel; me sudaba la camisa y la frente. Tenía una mano posada bajo el empeine de su pie, deteniéndolo en el aire, muy frágil, como un cristal fino y rompedizo que debía limar arduamente y no dejar caer. La suavidad del quehacer quizá la avergonzó y sólo escuché cuando me dijo: "basta, gracias Federico". Me despedí como pude sin atreverme a mirarla disimulando con una mano el sexo. Bajé a saltos las escaleras hasta tocar el rellano, vi cómo no había llegado nadie. Entré a la casa, pasé el corredor y me metí en el baño. Sentado en la taza, empapado de sudor, me masturbé. Entonces comprendí las ocurrencias de Héctor y los demás, pero no les diría nada. De vuelta, en la ciudad de México, me dediqué a mi práctica pensando en Frida, haciendo memoria lúcida de cada detalle en el cuarto mientras limaba sus uñas: cada paso y las secuencias por donde atisbaba mi recuerdo eran de una violenta voluptuosidad. Me hería y abundaba en ese placer hasta agotarme. Había caído en el deseo del pie de Frida y no abrigaba en lo íntimo otro sentimiento que volver pronto en verano a La Paz.

Esta vez mi atención estuvo volcada en mis amigos y en las fantasías más disparatadas de Héctor. Compartía con ellos su impaciencia y su ardor por mi tía. Cuando ella no se daba cuenta posábamos los ojos sobre su cuerpo. Yo la contemplaba largamente caminar por el muelle y las excursiones del yate se hicieron distintas para mí, sólo esperaba con impaciencia que se asoleara junto a mi madre, sus movimientos cuando se untaba el aceite o hablaba con alguno, los besos que le daba a mi tío David. También cuando salía de un camarote a secar con la toalla los cuerpos de Aarón o de Emilio, sus hijos. Las últimas semanas me quedé en casa cuanto pude. Regresaba temprano del mar esperando no ver a nadie y hallarla. Era una lucha a muerte por encontrarla sola en la casa.

Mauricio come rápido y no se detiene sino para mirarme de

rejo. Se han levantado de la mesa y sólo mi abuela está sentada frente a nosotros.

—¿Tú no vas a comer nada, Federico? —preguntó.

—No gracias —lo repito por enésima vez en la mañana.

Mi madre y mi tía lavan los trastes. Se les oye hablar y reír. No quito la mirada de ellas mientras tomo de la mesa un jugo y sorbo. Desde el vano de la puerta oigo el grito de mi padre y mi tío:

—Apúrense mujeres, estamos en el coche.

—Yo no voy, me siento mal, no dormí anoche —dice mi tía; y dirigiéndose a mi madre—: Creo que mi iré a recostar, Raquel.

—¿Qué, no oyen niños? —dice mi abuela levantándose despacio de su silla—. Apúrense que los van a dejar.

—Yo mejor voy al muelle. Me dijo el Veracruz que iba a estar por ahí.

—Si tú no vas yo no voy —oigo a Mauricio.

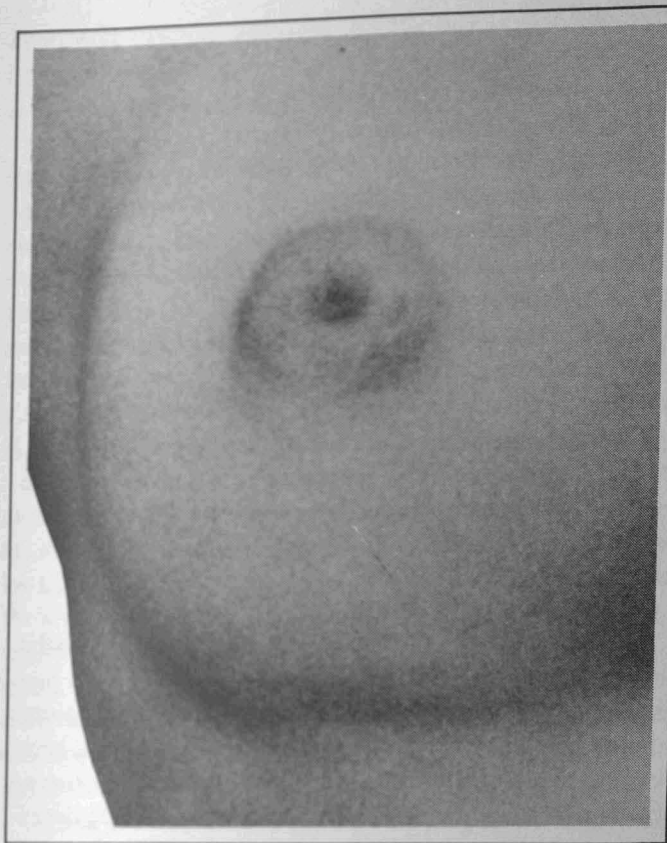
Sentí un calosfrío y aparentando tranquilidad, le digo:

—No, tú vete, querías comprar algo.

Sólo quedan Frida y mi abuela en la casa. Me dirijo al muelle al tiempo que los miro marchar; tal vez encuentre al Veracruz dormitando la siesta o pescando. Entre la polvareda veo a Mauricio hacerme una seña por el vidrio del auto, sonríe y me enseña los dientes. No sé que pueda significar ese gesto. ¿Lo de anoche, el secreto de Jaime, Hugo, Héctor, él y yo? ¿Sabía acaso por qué me quedo? ¿Se lo piensa decir a los demás? No, creo que no puede sospechar por lo que ando al acecho.

Ni siquiera piso el muelle, pierdo de vista el auto y doy la media vuelta. Cruzo el terreno polvoriento donde dejan los coches, después del patio. Me detengo en el solar y todavía no me decido. Por fin subo al cuarto de mis primos en busca de algo que ahora mismo tengo que inventar.

Hace pocos meses se fue Epifania. No hubo razón, o la recuerdo apenas. Aquel hombre se la llevó para siempre. Hoy no hay nadie en casa, sólo una mujer sin nombre, de un pueblo impronunciable, que lava la ropa. Sé que está allí, absorta, en el cuarto de planchar, trabajando. Olvidada del mundo y de que existe. Trabaja tenaz, inconsciente. La observo; no logro permanecer un segundo a su lado. Estoy solo en la casa porque es como si ella no existiera; aún más: yo he decidido que no existe. El espacio es inmensurable si estoy quieto, si no actúo. Paseo por todos lados y no logro consumir la soledad. Hay un hartazgo de soledad en mi cuerpo. Me acerco otra vez a ese cuarto donde Epifania solía oficiar al calor; desde los vidrios empañados contemplo a la nueva mujer, de espaldas a mí. Ni siquiera me oye. Estoy parado aquí afuera, tras ella, y no lo sabe. Esta mujer está sola, es mayor y no puedo compartir mi soledad con ella. Me angustio, me voy, no paro de rondar el jardín. Mengua la tarde y una lasitud extraña invade mi cuerpo. Sólo hay placer allí, en el raro dolor que me invade. Quiero llorar y no sé hacerlo, llorar por alguien.



Abro la puerta y entro a casa. Los muebles, las mesas, los cuadros, todo está en orden e inmóvil. Me impaciento. Subo los escalones, escucho el timbre del teléfono. Descuelgo, nadie. No logro consumir la soledad, entrar a sus resquicios profundos. Epifanía se fue y es la obsesión que me consume y no olvido. No dejó la casa, ella lo sabe: me dejó a mí, sobre la cama, yaciente, aguardando por las noches sus caricias. Preferió a aquel hombre del que ella un día me habló y del que nunca volvió a pronunciar una palabra. Y del que tampoco yo le pregunté. La esperaba sencillamente por las noches, esperé siempre unos pasos. Los oigo, alguien sube, abre la puerta del cuarto y me reza una oración: *Baruj Atá Adonái*. Es mi madre, no eres tú. No sabe que debieras ser tú y no ella la que sube por las noches a cubrirme. Me aferro a su cuerpo, le suplico y no la dejo ir. Por fin sale del cuarto y es como si salieras tú. Ambas se van con un hombre. Otra vez el espacio es inmensurable si estoy quieto y no actúo. Las ventanas y las lámparas del techo están inmóviles, en su sitio. Me impaciento. Doy vueltas y no consumo tanta soledad, tanta angustia atenzándome; engendro sólo pesadumbre y no lloro porque jamás sabré llorar por nadie.

Camino a la recámara de mis padres y entro. Voy al vestidor, he cerrado ambas puertas. Junto al ropero se encuentra el baño, hay allí un enorme espejo frontal y la estancia se refleja completa. Me acerco, tengo once años. Me observo, me detengo absorto en la imagen, no soy yo, íntegro: eres fatuo, estás encarnado, no eres yo. Me parece demasiada simulación, pensar que soy yo y entonces sucumbo despacio, un poco lívido pues no soy yo precisamente el que estoy en el reflejo. Hay morbidez; el que miro no sabe que existe morbidez y tristeza bajo los cuerpos. Yo apenas lo descubro, empiezo a develar el mío, el que miran siempre los demás, el que sólo conozco por

los ojos ajenos: me lo dicen ellos si los quiero descifrar. Sobre el lavabo una mano encuentra un lápiz labial. Lo percibo, no lo miro. Cilíndrico, alargado, metálico. Lo destapo con la punta de los dedos. Encuentro sus ojos, seguramente son cuatro tropezando pero yo sólo contemplo dos. Nace la intuición de que les gusto, sí, les gusto, me piden algo. Alzo la mano que coge el lápiz labial y me pinto los labios. El que se pinta es otro, otra. Se pinta para gustarme a mí. Lo hace delicadamente, no quiero mancharme. Me guía otra mano, la que ahora veo, más audaz. Observo sus labios rojos, cómo se abultan. Tiene una boca hermosa, frágil y poco húmeda. Estoy absorto en lo que hago, en sus manos blancas y delicadas. Ella se pinta los labios por primera vez, es muy joven aún, acaso tiene mi edad. Hay ternura en sus ojos, compasión, retraimiento. Como yo, está muy sola, no sabe qué hacer con su cuerpo y busca agradarme. Por eso se pinta los labios. Me veo: qué bella es. Me inclino y aparto por un momento la mirada de sus ojos, ya no sé si me mira, aún no sabe que lo hago por ella. Tomo otra pintura, con la punta de los dedos, apremiado, la destapo y la acerco hasta el borde de mis ojos. La miro, aguarda. Extiende las cerdas negras del cepillo, peina en espiral, hacia afuera, las pestañas caídas. Lo hago un poco mal, se limpia. Con esmero repite el movimiento. La veo más bonita. Otra vez bajo la mirada, ella la baja, pudorosa, y rebusco entre los frascos y los tubos de mi madre. Saco de un estuche un polvo rojo muy delgado; junto hay un rosa tenue. Ella sabe cómo me gusta el color distendido sobre la piel de los párpados y pasa meticulosa por ellos la esponja. No tengo los ojos acostumbrados y siento que me arden; veo que a ella le arden también. Se empolva las mejillas, aspiro sin querer y me sofoco un instante: ella tose. Guardo todo y lo acomodo en el lavabo pulimentado y frío. Noto la tensión y la impaciencia en mis manos. ¿Lo verá ella? ¿Sospechará de mi prisa o también ella la tiene, muy íntima, amorosa, sin decírmelo?

Me acerco otra vez, ella lo hace, se encuentran nuestros ojos y sólo pienso que es más hermosa que antes. Le brilla el rostro y no logro despegar la vista un minuto de la filigrana escondida de sus dientes. Me desvisto, me desabrocho el pantalón, me bajo el cierre. Tiro los zapatos a un lado. Me deshago de los pantalones sucios, de la camisa, de los calcetines y el calzón. Me dirijo hacia el ropero, estoy ansioso, no quiero que vaya ella a impacientarse, note mi ausencia o se fije en mí al hacer cosas distintas. Todavía no entiende que lo hago por ella. Abro las repisas de mi madre y poco a poco saco algunas prendas que no había visto antes. Un corsé de seda, unas medias, una mascada, un sostén negro y unos calzones. Voy a otro ropero donde cuelgan los vestidos. Los paso rápido, los miro apenas. Sé muy bien cuál es el que ella debe llevar: el que más disfruto ver puesto a mi madre. Por fin doy con él y lo quito de su gancho. Es rojo, muy oscuro, y va de acuerdo con las sombras que se ha puesto y el rubor.

Los dos estamos solos. Me pongo el corsé negro con breves tirantes a los lados. Su contacto es terso y me cubre el frescor insospechado de la tela. No volteo; no permito que ella me mire y no quiero darme cuenta si lo hace, si a hurtadillas me espía. Cuando ella acabe de ataviarse y me llame iré a verla. Me pongo las medias y tropiezo al subirlas. No importa, me

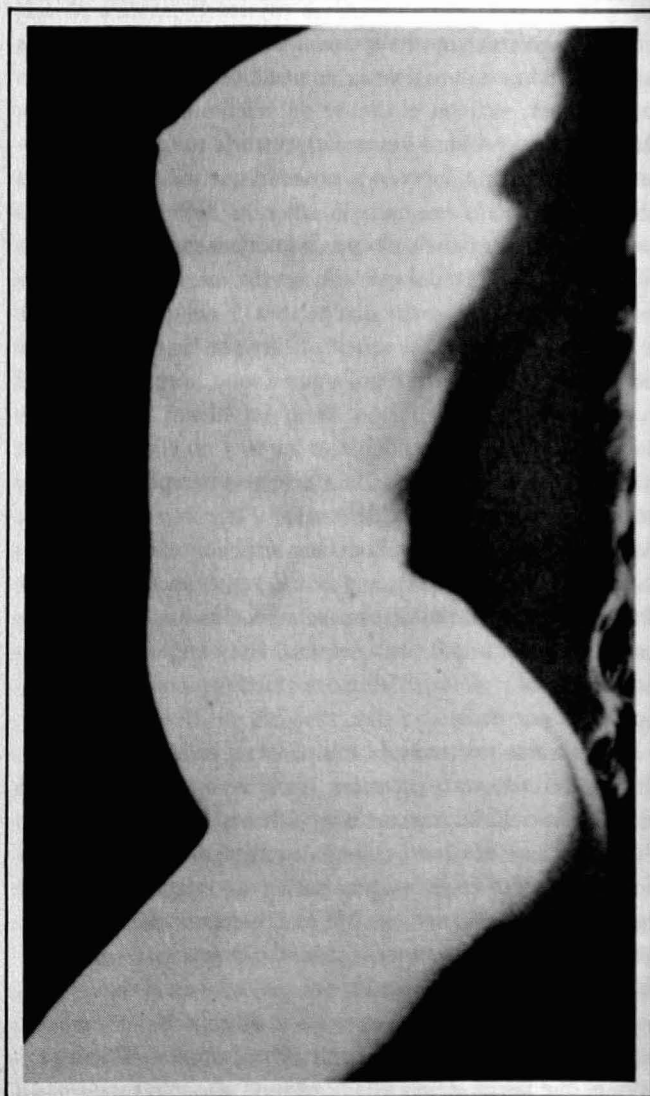
incorporo, obedezco a mi prisa. Estamos solos en el vestidor dentro de la recámara de mis padres. El espacio es inmensurable si estoy quieto y no actúo, lo sé. Por eso no me detengo; me pongo de inmediato el brassiere y lo ajusto; tomo del rincón los calcetines que están con mis zapatos, los hago una bola y con ellos relleno el sostén. Me encojo y alzo de la alfombra el corsé, la seda está fría y logra atravesar las medias y tocarme la piel. Me pongo el vestido por encima, me dirijo otra vez al ropero, de rodillas busco unos zapatos de tacón y sentado en el suelo me los pongo. Miro la mascada a mi lado y la cojo; se me cae luego de ponermela y la dejo allí con las demás prendas. Respiro hondo, trato de calmarme, necesito aire. Estoy nervioso y no hay razón, no debe haberla, ella aguarda, sí, volteo y la veo lejana, mirándome desde lo más hondo. A la distancia sus ojos parecen más hermosos aún. No aguardo, me acerco un poco y trastabillo. Quiero impresionarla y no sé cómo hacer, le sonrío y ella también sonríe. Se ha vestido sólo para mí; cuando no miraba se atavió para agradarme, para contemplar largamente su cuerpo núbil y desearla. Me quiere, me desea, busca salvarme. Comprende más que nadie mi desesperación, la ruina de saber que estoy solo. Conoce mi soledad y mi vehemencia, mi pesadumbre de los últimos meses y su causa: Epifanía. Me da tristeza saber que lo comprende; me ama, sí, y por primera vez siento la nostalgia de algo, quizá sea por alguien que me amó antes, tal vez porque jamás me amaron. Lo que ella ha hecho, y su deseo, son para mí, para que al fin la posea y ser yo el primero. No sé cómo hacerlo, no conozco otro cuerpo más que el de Epifanía, a quien amé siempre vestida.

Tengo los ojos fijos y atónitos, entiendo que ella espera, aguardó a que mis padres me dejaran solo: nadie me ama, sólo ella; ahora lo sé y está por fin allí, frente a mi cuerpo pequeño. Subo al lavabo y empujo algunas cosas. Caen, las oigo, no importa. La miro sobre el lavabo a ella también, sus piernas, es casi una niña. Me acucillo como hace ella. Tiene el rubor puesto y se ha encendido más, no ha dejado de observar cómo la contemplo, cómo aguardo su cuerpo tembloroso y enjuto. Me levanto el vestido y veo sus piernas delgadas, lampiñas; se dejan ver a través de la medias. Sujeto el borde mismo del vestido con la boca, lo muerdo. Me recargo en ella y retiro la mano pronto: es muy fría, prefiero no tocarla. Me acercaré a ella sin sentirla. La amo, es quizá la primera a quien amo realmente y me duele. Desde que la reconociera allí, en el vestidor, tengo el diminuto miembro duro.

Como mi madre, con sus mismas ropas, ella se ha vestido y pintado para mí. Del estrecho corsé sale mi verga. De pronto la miro a ella levantarse el vestido, la sigo y aguardo a que se decida y lo haga, sin embargo ella espera con obediencia mis movimientos. Tallo la mano contra mi miembro, lo sobo torpemente, busco acercarme a ella un poco, arrimar mi cuerpo lo más posible sin tocarla. Nuestros ojos se encuentran: hay amor verdadero y dulzura en los suyos, me conoce, sé que me ama, y es indefinible mi excitación. Hay un deseo profundo en su cara, en sus pestañas que ha alargado para mí y ahora están tiesas, las siento. No aguanto más, suelto el vestido que muerdo, ella lo suelta también, y pongo mi boca sobre sus labios. No sé besar y hace frío al contacto. Ella soporta mis

labios frágiles y poco húmedos. Sigo friccionando mi sexo y con la mano libre vuelvo a levantar el vestido, ella lo hace, y por fin sé que estoy a punto de descargar, lo se por mi respiración. Mi cuerpo resiste por un segundo, jadeo, no sé por qué lo hago, la miro: sufre, me lastimo un poco. Hace una mueca, me quejo. Hay un murmullo acompasado. Escucho pasos subir la escalera, es un ruido formidable. Comprendo qué sucede: la miro asombrarse. Estoy saliendo, sí, me desperdigo sobre ella, sobre el lavabo, contra el espejo. Oigo golpes en la puerta. Fricciono un poco más la mano, levanto la vista y la descubro a ella, sus ojos descubren los míos. Escucho la voz de mis padres, inconfundible, que golpean más fuerte. Oigo mi nombre y ella exánime dice: "Ya voy, ahora abro". Sabe perfectamente que la quiero, que la amo. Bajo como puedo del lavabo y me dirijo hacia la puerta. Se ha ido.

Al llegar al descansillo del segundo piso me siento débil, atenazado el cuerpo, sin fuerza apenas para mover los pies. Me acerco a los visillos sucios del cuarto de mi tía. Me asomo y la veo recostada. Lleva puesta la misma ropa que le había visto en la cocina. Descubro la pereza mortal de su cuerpo agitado por la respiración. Muy pronto se ha quedado dormi-



da. El ventilador le apunta el rostro y mueve ligeramente su largo cabello, por un instante el aire sacude sus pestañas. Duerme o aparenta el sueño.

Bajo torpemente, entro a la cocina y tomo una rebanada de queso que está sobre la mesa. Prefiero salir. Mi abuela duerme en alguna recámara, hay un silencio y una sola respiración en la casa. Es enorme el vacío: el de alguien que la ocupa y, sin embargo, una mudez habitándola, el hueco que dejan los cuerpos yacientes. Están allí compartiendo contigo y a la vez ausentes del mundo. Su presencia es la del sueño, la del espectro del sueño, y no comparten con nadie la mortalidad. Están, sí, pero en otro lugar, apartados; no ocupan tu espacio, viven el sueño del cuerpo, nada más.

En la exasperación del letargo salgo al muelle. Encuentro el astillero olvidado, un astillero sumergido en otro tiempo y como a punto de extinguirse en el calor. Lo cruzo y camino por los tabloneros mohosos donde están sujetas las embarcaciones. Me acerco a la última, el yate está solo. Le grito al Veracruz, seguramente duerme. Salto a la popa luego de jalar fuertemente las sogas. Las pequeñas puertas del compartimento están cerradas. Toco en las ventanillas y no me responde nadie. Doy la vuelta al yate y cansado me tumbo en la borda. Me duermo.

Oigo la voz festiva del Veracruz. Le pregunto la hora. Hablo con él y recuerdo a Frida: la razón por la que estuve esperando y decidí no ir con los demás a la ciudad. Debía volver a casa y mirarla sin perder la ocasión. Terminaban los días cerca del mar y quedaban largos meses de irritación por no haberla espiado. El Veracruz rió entonces mostrándome sus dientes descascarados y removiéndome en el gesto su cabello sucio.

Crucé el muelle, en algún sitio resbalé en la humedad de las tablas y me hice daño. Pasé el astillero y encontré a una pareja bebiendo botellas enormes de cerveza. Seguí hasta la franja empolvada entre los autos. Al llegar atrás, en el patio, dudé un minuto. ¿Y si ella ahora estuviese abajo platicando con mi abuela o ayudándole en algún quehacer, obligada? ¿Y si continuaba dormida? Me acerqué al rellano, muy cerca de la cocina, y por los cristales no vi a nadie, seguía igual la casa, en su letargo, desamparada. Aspiré hondo, sentí encogidos los pulmones. Me asfixió el polvo y quise toser. Hacía un calor indescriptible. Comencé otra vez a subir los escalones, más allá de la mitad de la escalera oí el ruido lejano, el chorro gigante de la ducha. Me temblaron por un momento las piernas y con esfuerzo pude subir sin hacer ruido; nadie me oía y mi sigilo era absurdo. La abuela no podía subir, estaría aún dormida y al despertar se empeñaría en su labor. Continué por el corredor pasando la recámara de mis tíos hasta asomarme a la terraza. Volteé hacia los lados y no había autos en las calles; lejos distinguí a la pareja de bebedores y al Veracruz que los acompañaba y reía con ellos. De pronto él giró y creí ver un guiño. ¿Me había descubierto? ¿Acaso sabía de mi deseo impaciente? ¿Se lo contaría a ellos y estaría burlándose de mí, de este ardor obstinado por Frida? Ahora luego de todos estos años, estoy seguro de que él también miraba complacido el cuerpo de mi tía asoleándose en la borda, y tal vez el cuerpo de mi madre.

Después de observar si un auto venía, giré y a ocultas entré

a la recámara de mis primos. Oía con claridad el caer del agua, imaginaba su rompimiento en los hombros desnudos de mi tía. Cerré la puerta tras de mí y en el hosco silencio quebrado por el chorro, me acerqué a la puerta del baño que también daba acceso a la otra recámara. Conozco con detalle lo que ahora debo hacer. He aprendido los pasos y las señales a seguir. Me laten las sienes, percibo cómo se alteran las venas del cuello; hay un hormigueo insistente en mi pecho. El mundo sucede, está por suceder ante mis ojos y espero. Contengo la respiración cuando oigo las llaves de la regadera y el sonido del agua parar, detenerse en sus hombros. Estoy hincado frente a la puerta, me arde un poco la rodilla, tengo un ojo puesto en la pequeña hendidura que alguien ha hecho de un golpe. Ella se seca dentro del confin de la regadera y ese fragmento no alcanzo a mirarlo, sólo después la contemplo, cuando ella viene al umbral y su cuerpo queda vivamente iluminado y sé que *no debo descubrir la desnudez de la hermana de mi madre, es carne de mi madre**. La descubro aunque el espacio es angosto y su piel parece rozar levemente el borde de madera. Por centímetros la toco. Un vapor caliente se desprende del baño y lo huelo: es el olor de su cuerpo. Frida está allí, enfrente mío; el sitio queda empañado. Alzo ligeramente la vista para encontrar la redondez inaudita de sus senos. Las areolas del centro aún más redondas, una circunferencia perfecta y rosada que aprieta delicadamente con los dedos. Las veo enhiestas, los pezones puntiagudos. Sólo ahora me atrevo a pensar que ella sabía que la estaba observando, que su cuerpo reclamaba ansioso la seguridad de mis ojos puestos sobre él. Bajo los shorts siento mi pene abultado. De espaldas a mí la miro levantar una pierna en la taza del inodoro, ella se seca con minucia asombrosa, el vapor que se ha acumulado amortigua su piel, gotas minúsculas de agua ruedan por su espalda vigorosa y bronceada. Contemplo sus caderas, sus flancos se mueven, quizá me llaman o saben de mi mirada fija en ellos, también de mis ojos puestos en sus nalgas duras y más blancas que el resto del cuerpo. Se pasa con demora o delicia la toalla. La observo detenerse entre las piernas y agachar la cabeza. Se seca el pubis que es un bulto negro y cerrado. Quitó la toalla, se inclina un poco más y se revisa. Sostiene unos cuantos segundos su mano allí. Ante la intensa luz que rompe el vapor la contemplo y es real, lo más real que he visto. Toma la toalla y con las dos manos en alto, estirando su cuerpo, la pasa por su cabello mojado. Cierra los ojos y hay gozo, estoy seguro, en su cara. Se seca y yo no dejo de apartar la vista de su cuerpo completo, puro y bien dibujado, el suceso que es verlo y casi poder sentir en las yemas la carne y poder estrujarla. Apenas respiro, debo ser cauteloso y no romper este encanto. Pongo mi mano y descubro mojados los shorts. Quito la vista de la hendidura. Con cuidado extremo me levanto. Me apoyo en el seguro de la puerta... ◇

Abro. Me observa mi madre. ◇

* Levítico 18, 13.